

ADOLESCENCIA, TRAUMA, IDENTIDAD¹

Hugo Lerner

ALGUNAS GENERALIDADES²

Si bien han cambiado las épocas, la modernidad ha dejado marcas. Algunas de ellas colocan al adolescente ante la presión de lo que podríamos llamar su “normatización”. Éste era uno de los modus, con la polaridad implícita de “normatización o transgresión”.

La noción de “normatización” implica tener un proyecto cerrado y acabado (estudios o metas laborales, casarse, formar una familia, etc.), y esos proyectos exigen contar con un mundo dado de antemano que es la meta, el paraíso que se desea alcanzar.

No obstante, en la actualidad esta polaridad no está tan marcada. Hoy nos encontramos frecuentemente con lo que podríamos llamar el adolescente “navegador” dotado de una consistencia yoica o, como hubiese dicho Liberman (1983), una “plasticidad yoica” que le permite navegar por el mundo y desplegar y expandir diferentes potencialidades creativas. El contexto social muchas veces le da espacio a este adolescente; no queda entrampado en el discurso del sistema, que señala las imposibilidades de desarrollo si se aleja del ideal del adolescente de la modernidad, y aprende a surcar diferentes caminos.

Cuando hablo de “navegar” me refiero a que la sola presencia en el mundo justifica la existencia: no importa el puerto al que se arribe, la cuestión es moverse, buscar. La existencia no se justifica en función de un futuro, sino en función de aquello que se está haciendo. “Caminante, no hay camino, se hace el camino al andar”, decía Antonio Machado (1982).

Otro tipo de adolescente sería el *yuppi*, expresión de la adaptación absoluta al ideal social de los años ochenta. Hay un tercer tipo al que podríamos llamar el “adolescente del descarte”, el adolescente de la anomia. Estos adolescentes no pueden navegar ni construir, y sufren un colapso caótico en cualquier proyecto que inician. (Aquí estaríamos dentro de una problemática psicopatológica). Aunque el contexto permita más libertad, se percibe la dificultad de usarla.

¹ Cap. 1 del libro: “*Adolescencias: Trayectoria Turbulentas*”, M. C. Rother Hornstein (comp.) Paidós, Buenos Aires. 2006.

² En esta comunicación me referiré al adolescente tipo de clase media urbana, ya que éstos son los adolescentes con quienes más dialogo y a quienes creo conocer mejor. La problemática de la adolescencia

Como ya dije, la modernidad establecía metas: recibirse, casarse, construir una familia, etc. Y si se llegaba se ganaba. Hoy muchos llegan, y lo que era la meta anhelada y valiosa ya no lo es. Muchos sienten que ya no se pueden apartar, no pueden navegar. El contexto social en nuestro país ha cambiado. La sociedad funciona como un elemento traumático, en tanto no permite la navegación o la concreción de planes, y por ende un proyecto identificador.

En este trabajo me propongo revisar y repensar puntualmente, sin pretender agotarlos, algunos conceptos, como las nociones de trauma (¿es la misma que en los comienzos de nuestra disciplina?) y de identidad, en un mundo diferente del que asistió a los inicios del psicoanálisis.

HABLEMOS DEL TRAUMA

“... y cuanto más intenso el trauma, tanto más seguramente exteriorizará su perjuicio, aun bajo constelaciones pulsionales normales. No hay ninguna duda de que la etiología traumática ofrece al análisis, con mucho, la oportunidad más favorable. Sólo en el caso con predominio traumático conseguirá el análisis aquello de que es magistralmente capaz: merced al fortalecimiento del yo, sustituir la decisión deficiente que viene de la edad temprana por una tramitación correcta. Sólo en un caso así se puede hablar de un análisis terminado definitivamente”. (Freud, 1937)

Al ocuparse de la noción de trauma, Laplanche y Pontalis (1974) nos dicen lo siguiente: “De un modo más general, puede decirse que el conjunto de fenómenos clínicos en los que Freud ve actuar esta compulsión (de repetición), pone en evidencia que el principio de placer, para poder funcionar, exige que se cumplan determinadas condiciones, que son abolidas por la acción del traumatismo, en la medida en que éste no es una simple perturbación de la economía libidinal, sino que viene a amenazar más radicalmente la integridad del sujeto [...] El yo, al desencadenar la señal de angustia, intenta evitar verse

desbordado por la aparición de la angustia automática que caracteriza la situación traumática, en la cual el yo se halla indefenso [...]. Esta concepción lleva a establecer una especie de simetría entre el peligro externo y el interno: el yo es atacado desde adentro, es decir, por las excitaciones pulsionales, como lo es desde afuera”.

Mi intención no es detenerme en las explicaciones económicas sino poner el acento en aquello que está más allá de “una simple perturbación de la economía libidinal”; me interesa reflexionar acerca de aquellos “peligros externos” al yo que terminan arrasándolo, devastándolo. Eso que Laplanche y Pontalis consideran una amenaza radical a la integridad del sujeto.

¿En que medida lo social, lo contextual, puede ser traumático, e interferir en la constitución yoica? ¿Cómo interviene la realidad entre los vasallajes del yo?

Tomemos, por ejemplo, lo que ha ocurrido en nuestro país desde diciembre del 2001 hasta la actualidad. Crisis sociales, devaluación, violencia, desocupación, sensación de desmembramiento social, imposibilidad de imaginarse un futuro, de armar un proyecto. La Argentina se había convertido de repente en una gran arena movediza, no teníamos piso que nos sostuviese.

Abruptamente dejamos de hablar del sujeto globalizado, para debatir sobre el sujeto argentino, el de la crisis actual. ¿Este último es el mismo que aquel que estaba preocupado por la falta de sentido, aquejado por la “sinsentiditis” de la vida? ¿Ese sujeto vacío que podíamos homologar a cualquier otro que circulara, interactuando con los demás, en cualquier gran urbe del planeta?

No, no es el mismo. O en todo caso, lo es en su esencia pero no en su construcción actual, en la medida en que el sujeto no es sólo historia congelada, no sólo repite la historia, ni tampoco es un conjunto de identificaciones fijas, sino que es el producto de su interacción con su contexto y, por eso mismo, su subjetividad es cambiante. Como decía Castoriadis (1998), ya quedó muy atrás “la deliberada ignorancia de los psicoanalistas actuales acerca de la dimensión social de la existencia humana. [...] El individuo con quien se encuentra el psicoanálisis es siempre un individuo socializado (lo mismo que quien lo practica). [...] Yo, superyó e ideal del yo son impensables si no se los concibe como productos del proceso de socialización. Los individuos socializados son fragmentos que caminan y hablan en una sociedad dada”.

Partamos de la idea de que una persona o, si se prefiere, un sujeto se encuentra en un ámbito de intercambio localizado en el espacio-tiempo, donde uno construye un mundo y a la vez es construido por ese mundo que construye. Se puede reservar el nombre de “subjetividad” para el espacio de libertad de esa creación (Najmanovich, 2000). Es una creación de otro y también de uno.

La subjetividad no tendría otro contenido que ese proceso. La subjetividad es la posibilidad que tiene un sujeto de crear al otro, al mundo y a sí mismo. La condición y el marco para la producción de subjetividades están dados por el intercambio social, y también están dados estructuralmente. Para un sujeto es imposible no producir subjetividad.

Si es así, dados diferentes acontecimientos sociales, la subjetividad o la producción de la misma serán diferentes y variarán de acuerdo con los vínculos que se establezcan o con los diferentes medios sociales en que se desarrolle un sujeto.

A menudo pienso la constitución del sujeto en función de un modelo que toma al narcisismo como eje central de su desarrollo, pero en el cual el narcisismo depende del objeto y del medio social para que dicho desarrollo sea posible. Aunque parezca paradójico, esto llevaría a concebir un narcisismo intersubjetivo.

Los invito a que intentemos encontrar diferentes respuestas para esta pregunta: ¿Cómo se construye la subjetividad en este contexto impredecible, si, como decía, el medio social es parte fundante de la misma?

Durante la década de 1990, el argentino vivió el sueño de “todo por dos pesos”, metáfora que validaba la ilusión de que todo era posible dando muy poco a cambio. Perteneíamos al Primer Mundo o teníamos la ilusión de pertenecer a él. Todo estaba a nuestro alcance. Como bien señaló Beatriz Sarlo (1994), si nos sumergíamos en un mal llamado *shopping* porteño y nos olvidábamos del idioma que se hablaba a nuestro alrededor, resultaba difícil discriminar si estábamos en París, Hong Kong, Nueva York o Londres. Las mismas marcas, la misma música.

De ese “mundo feliz” global en el que teníamos todo a nuestro alcance pasamos repentinamente a nuestro mundito latinoamericano lleno de faltas y ausencias. La ilusión de que si no todo, mucho era posible se ha desvanecido. Las fantasías omnipotentes que expandían nuestro yo y nutrían nuestro narcisismo se interrumpieron. La consecuencia ha sido más depresión, más problemas para mantener el equilibrio narcisista (con el consecuente

tambaleo de la autoestima), más dificultades para discriminar las “responsabilidades propias” de las “responsabilidades sociales”.

Winnicott señaló inteligentemente, con su concepto del *holding*, la importancia que tiene contar con un contexto estable y previsible para que alguien se integre y se convierta en persona. Las personas que, en medio de este caos social, con esta ausencia de *holding* social, han podido construirse y ser corren el riesgo de sufrir todos los trastornos derivados de las dificultades para la integración y la personalización. El equilibrio narcisista se perturba, la estructura de un *self* cohesivo, vital y dotado de un funcionamiento armónico, como diría Kohut, se pierde. Por supuesto, el grado de alteración dependerá de la biografía constitutiva de cada uno, pero podemos estar seguros de que nadie quedará inmune e invulnerable ante estas sacudidas a nuestro narcisismo y, por lo tanto, a las oscilaciones de nuestra autoestima, con las consecuentes manifestaciones de depresión o, a veces, de su contrapartida, la manía. Y no olvidemos las hipocondrías, las somatizaciones y los trastornos vinculares (de pareja, familiares, laborales, etc).

Si nos detenemos a pensar que el adolescente ha sido víctima de la amputación de la utopía y la ilusión, no nos será difícil imaginarnos la alteración que ha sufrido la creación de ideales capaces de sostener un proyecto probable, un proyecto que convierta al adolescente en un sujeto en el mundo. Como bien nos enseñó Winnicott, la ilusión (dentro de un espacio lúdico creativo) necesita un contexto que fomente en el sujeto la creencia de que él está creando el mundo. Esa experiencia es imprescindible para gestar una realidad psíquica y externa confiable, con la concomitante creencia en esa “omnipotencia” necesaria para que el sujeto se sienta creador del mundo que lo rodea, o por lo menos un participante activo en él.

Freud nos señaló que el ideal colectivo deviene de la convergencia de los ideales del yo individuales, a partir de lo cual se van generando diferentes grupos. ¿Esto es posible hoy? Si no lo es, perderá sentido para los adolescentes agruparse y ser solidarios. Si forzamos un poco la teoría, vemos que el ideal imperante en los últimos años en nuestro país, transmitido por sus figuras dirigentes, estuvo ligado más bien al egoísmo y a la falta de solidaridad. Estos conceptos son opuestos a los que históricamente funcionaron como motores del mundo del adolescente. El ideal se le ha vuelto a éste confuso, inestable y lejano. En todo caso, supone que debe estar del lado de lo ajeno, lejos, en el extranjero.

A quienes han conservado, por inercia, los proyectos otrora soñados, anhelados,

amasados, se les abre la salida de la emigración como una posibilidad de completar lo que el ideal del yo marcó en algún momento de su historia. Esto implica un gasto psíquico importante, por cuanto deben renunciar a su contexto emocional cotidiano, que es parte importante del sostén de la identidad. Se convierten en sujetos que deben variar sus “objetos especulares” (Kohut) para “seguir siendo” (Winnicott). Tarea no sencilla en ningún momento de la vida y menos aun en la adolescencia, período en el que el sujeto necesita la reconfirmación especular de su “tribu”. Cambiar de “tribu” implica el encuentro con otros ajenos que necesariamente imponen un gasto psíquico extra; el individuo deberá ir tanteando si, en la intersubjetividad necesaria para ser, esos nuevos visitantes serán los apropiados o si deberá seguir buscando. Los otros históricos, los que fueron estableciéndose como significativos para la construcción del yo, devinieron de modo natural y progresivo. Muchos adolescentes que emigran se sienten urgidos por el afán de pertenencia y rápidamente, a veces de un modo maníaco, buscan establecer contactos de cualquier manera. Otros “eligen” el confinamiento esquizoide o el encierro depresivo.

Cuando un sujeto adolescente va construyendo su identidad, ciertas situaciones contextuales-sociales pueden interferir en dicha construcción. Esas interferencias guardan relación con la idea de trauma. Son traumáticas porque impiden que el individuo sea, que logre conquistar el “yo soy” (Aulagnier, 1989; Winnicott, 1971) y estorban el proceso de llegar a ser lo que quiere.

El adolescente necesita un piso consistente sobre el cual pueda experimentar; si el suelo es demasiado fluido y poco firme, no habrá proceso de desarrollo. Sobre arenas movedizas no se puede construir. Sin una base firme no puede pensarse en poner ladrillos. El contexto social incierto, esfumado, sin horizonte, no permite construir ningún proyecto.³

Así es como muchos adolescentes piensan en el éxodo, en huir con la ilusión de que hay un lugar en el mundo con un piso firme que va a permitir desarrollar un proyecto y donde, por lo tanto, la construcción yoica vuelva a ser una meta posible. Para todos, lo que ha sucedido en nuestro país durante los últimos años fue traumático, pero en los adolescentes implicó un plus de angustia. El problema no era sólo si se podría seguir siendo, el plus de

³ Eliseo Verón (2004) afirmó que un contexto socioeconómico inestable genera múltiples rupturas y traumas. Y aunque más tarde las condiciones sociales y las variables económicas se recompongan, las marcas psíquicas que dejan en los sujetos tardan mucho más en resolverse que aquéllas. De ahí la fuerza traumática que tienen con frecuencia las conmociones sociales.

angustia lo provocaba la pregunta: ¿lograré ser?

¿Qué es lo que diferencia a un yo que naufraga de otro que sigue navegando? La historia de la construcción subjetiva del segundo permite que su yo se vuelva “idealmente plástico” (Lieberman, 1983) y recurra a diferentes modalidades de “navegación” para atravesar tormentas sin naufragar, mientras que el primero se sumerge en aguas psicopatológicas (depresiones, enfermedades psicosomáticas, fragmentaciones, adicciones, etc.). El yo no colapsará en la medida en que pueda seguir estructurando proyectos, armando historia, generando un futuro. Aquí entramos en el terreno de cómo fue “narcisizada” una persona, cómo fue la historia de sus identificaciones (Aulagnier), en qué contexto emocional y social devino sujeto. Si todo lo anterior fue más o menos armónico, la usina de proyectos continúa funcionando y por lo tanto el proceso identificatorio sigue teniendo la vitalidad que ahuyenta el peligro del colapso y la fragmentación.

Si un sujeto transitó por vivencias de amparo⁴ y apego (Bowlby, 1969), tendrá más recursos que si vivió sumergido en el desamparo y el desapego.

Los sujetos que contaron y cuentan con un medio previsible y estable llevan ventaja para que su ideal del yo no sea siempre una quimera. Aun cuando la realidad erosiona y socava, muchas veces, la historia de la construcción yoica de cada uno, algunas estructuras adquiridas conservan el poder de sortear los tremendos escollos y trabas que la realidad, por lo menos en estas latitudes, nos pone.

En cambio, quienes hayan padecido una historia llena de discontinuidades, duelos, traumas severos, o todas las experiencias que obstaculizan la narcisización del sujeto en desarrollo, estarán en desventaja con relación a los primeros. No obstante, soy de los que piensan que esto último no es una condición que inexorablemente provocará dificultades y síntomas mayores. Como la historia es una construcción constante, el individuo tendrá innumerables encuentros intersubjetivos (la amistad, el enamoramiento, los grupos de pares, etc.) que posibilitarán reparar ese yo padeciente y averiado. Si hay otro que refleja, sostiene, y funciona como objeto especular e idealizado (Kohut), ese otro se convertirá en generador, por vía intersubjetiva, de estructura psíquica. En la historia de un sujeto no todo es repetición

⁴ Recordemos a Freud (1938): “De los peligros con que amenaza el mundo exterior, el niño es protegido por la providencia de los progenitores...” -En las traducciones anteriores providencia aparecía como amparo-.

o reedición, el psiquismo siempre está abierto a lo nuevo, a la edición original (Lerner, 2001).

McDougall (1982) nos advierte que debemos distinguir entre lo que ella llama “catástrofes reales”, que son individuales, de “los traumas universales... que son el drama de la alteridad, de la sexualidad y de la ineluctable mortalidad del hombre”. Y continúa diciendo que a un suceso sólo puede llamárselo “traumático” si enfrentar y resolver esas “catástrofes” que estructuran el psiquismo se vuelve más complicado que de costumbre. Esta autora distingue aquellos hechos traumáticos que transcurrieron antes de la adquisición del lenguaje, cuando el *infans* sólo se comunicaba por signos que sólo eran verdaderas comunicaciones si había otro que las oyera, que captase las emociones y respondiese a las mismas. Atribuye a la madre este rol de “aparato de pensar”. Vemos claramente que, si no se la transita bien, esta relación temprana madre-bebé puede constituir el “suceso traumatizante”.

Cuando nos referimos a situaciones traumáticas precoces que han producido una catástrofe yoica, con sus consecuentes trastornos identitarios, estamos hablando de aquellos sujetos en los cuales esos sucesos, aunque hayan generado símbolos, como diría McDougall, dejaron huellas que son sólo “signos inscriptos en el soma”, cuya presencia se puede intuir a través de “las incoherencias y los blancos que provocan en el registro del pensamiento”. Los discursos de estos pacientes no tratan de comunicar algo sino que intentan que el otro pueda sentir, percibir, el terror subyacente. Pese a que muchas veces ese terror no puede ser nombrado, se infiere que está asociado al temor a la fragmentación por revivencia de situaciones traumáticas que han funcionado como terremotos dentro del yo. En estos casos, el analista no debe esperar, como en el modelo clásico de las neurosis, que el paciente asocie. Aquí no se trata de “pescar” asociaciones cómodamente sentado al borde del agua; aquí hay que comprometerse, meterse dentro del mar y mojarse (Hornstein, 2004), tratando de construir lo que no ha sido construido, de editar lo que no se editó. Estos pacientes ponen en jaque nuestra contratransferencia.

Son análisis en que el analista siente que no hay tregua y, como dice McDougall, al mismo tiempo se rechazan las interpretaciones porque en realidad se está “a la escucha de una comunicación primitiva, en el sentido en que se podría decir que un niño que profiere alaridos está ‘comunicando’ algo, en la medida en que se haga una representación de Otro que oye”.

Juguemos con la idea de que la constitución yoica es un paraíso prometido al cual se aspira a llegar, una estación final de un viaje que comienza con el nacimiento y en algún momento de la vida se arribará a ese destino; que un sujeto arribará a un yo, deberá llegar a un yo. Frente a este modo de pensar, la idea de trauma tiene más sentido. En cambio, si se conceptualiza al yo como un proceso en construcción constante, la idea de trauma deja de tener peso porque los diferentes escollos que el sujeto va esquivando no siempre son traumáticos. Trauma es una ruptura en la continuidad, pero no todo trastorno en la continuidad es detención. No se produce una detención si se puede “seguir siendo” (Winnicott).

La mirada clásica sólo atiende a la historia; esto es totalmente pertinente pero también debemos contemplar lo actual, los vínculos presentes que funcionan como objetos especulares e idealizadores (Kohut). Lo que puede ser traumático para algunos no lo será para otros porque atraviesan esa situación que llamamos “traumática” en medio de una intersubjetividad sostenedora, que en ese momento o a posteriori les permitirá usar esas experiencias como materiales constitutivos de su yo.

A veces, tal vez al “trauma” sólo tendríamos que llamarlo “acontecimiento” (Badiou, 1988) en tanto permita la emergencia de algo nuevo, que se produzca una edición original (Lerner, 2001) Un acontecimiento genera ruido aumentando la complejidad del sistema. Y aunque esto podría ser considerado un trauma, un sistema al complejizarse puede aumentar los grados de autonomía de un sujeto. Por lo tanto, “un ruido” puede ser traumático para unos y para otros generador de cosas nuevas, de ediciones integradoras; para unos será paralizante, en tanto que para otros puede ser una posibilidad de creación y de aumento de la complejidad⁵ yoica, de enriquecimiento.

Ante determinadas dificultades, algunos sujetos no pueden mantener su consistencia o continuidad yoica y para hacerles frente complejizan su yo, mientras que otros detienen la construcción yoica.

En la construcción de la subjetividad, determinadas circunstancias pueden funcionar como acontecimientos que un observador quizá catalogue como traumáticos; pero si esos

⁵ Uso “complejidad” en el sentido que todo hecho importante debe ser analizado en su contexto social, político, humano, ecológico; es decir, se tiene que tomar en cuenta el mundo todo. Para articular y organizar la información del mundo, Morin (2004) propone una reforma del pensamiento. A esta reforma la llama “pensamiento complejo”.

acontecimientos no producen parálisis en la sensación de “yo soy”, no deberíamos hablar de trauma –al menos tal cual se lo consideraba clásicamente, como elemento capaz de producir la fractura o ruptura de un proceso–. A menudo no sólo no producirán ruptura en el proceso de construcción de la subjetividad, sino que funcionarán como motores en la complejización y expansión de la identidad.

“Cuesta aceptar ciertos traumas y heridas narcisistas, la alteridad, la diferencia de los sexos y las generaciones, la muerte inevitable”, nos dirá Hornstein (2003), pero es producto del trabajo psíquico poder aceptar todo esto y que dé por resultado una mayor complejización yoica, una subjetividad y una identidad más ricas y vivas.

EN BUSCA DEL SENTIDO DE SER, DE LA IDENTIDAD, DEL “YO SOY”

“Porque sé que este relato va a infectarse de olvidos, omisiones y errores, cuento con ellos. No pretendo ser absolutamente veraz o exacto: sé que recordar es inventar, que el pasado es un material maleable y que volver sobre él equivale casi siempre a modificarlo. Por eso, más que a ser exacto, aspiro a ser fiel al pasado, quizá para no traicionar del todo al presente. Por eso, y porque a menudo la imaginación recuerda mejor que la memoria, sé también que aquélla rellenará los vacíos que se abran en ésta. No importa: al fin y al cabo, tal vez sea cierto que sólo una historia inventada, pero verdadera, puede hacer que olvidemos para siempre lo que realmente ha pasado”. (Cercas, J. El vientre de la ballena, Tusquets editores, Barcelona, 2001, pag. 12.)

“La identidad se inventa justo cuando colapsa la comunidad. La identidad es un sucedáneo de la comunidad, brota del cementerio y promete la resurrección de los muertos. Las luchas identitarias están plenas de ruido y furia”. (Bauman, 2003)

De deportista a intelectual, de religioso a agnóstico, de rockero a barroco, de

científico a empirista, soñador al fin: el adolescente no sabe dónde y cómo aterrizará su yo. De ahí su gran interrogante y su gran desafío. Hasta la infancia la identidad se completaba bastante con “yo pertenezco a esta familia”, yo soy “hijo de mamá y papá”. Rota esta pertenencia, llamémosla así, el adolescente debe salir a conquistar nuevos territorios, distintas “familias”, enunciados diferentes a los que lo acompañaron y sostuvieron hasta que hizo su irrupción la sensación y la necesidad –que lo irá dominando cada vez más – de querer ser su propio constructor o, en todo caso, el co-constructor de sí mismo, de ser él quien elija a sus otros significativos, sus compañeros de aventura, sus compinches.

Al desaparecer un mundo plagado de certezas y estar inmerso en un mundo de incertidumbres, en medio de su búsqueda de identidad, el adolescente construye su yo de un modo frágil. Y, paralelamente, esta situación lo lleva a aferrarse a todo aquello que lo aleja de la incertidumbre (fanatismo, convicciones sin alternativa de reflexión, etc.). Al desvanecerse las certidumbres, busca abroquelarse en cualquier cosa para alcanzar su identidad, y en ello se juega toda su subjetividad. Ésta parece ser una característica de los adolescentes: o se abroquelan en una imagen de sí mismos y aparecen así los fanáticos, los obsesivos que defienden a ultranza su identidad frente al temor a la fragmentación yoica, o su vida se convierte en un cambio o una búsqueda permanente, porque para ellos elegir es quedar congelados en un bastión sin salida ni posibilidad de encuentro de su identidad.

El adolescente puede crear una trinchera identitaria, un búnker en el que se siente a salvo, un refugio que lo protege de los fuertes temporales de la adolescencia (lo pulsional, lo social, el vacío, etc), y a veces defiende obsesivamente ese refugio para sentirse seguro. Cuanto más fuerte sean los vientos, más energía pondrá para construir esa trinchera.

Hasta hace no tantos años, el adolescente estaba inmerso en una cultura de búsqueda de su identidad esencial, suponía que debía encontrar su vocación de una vez y para siempre. Hoy ese modelo hace agua, los adolescentes deben aprender a navegar y buscar con la idea de que el encuentro con su vocación va a ser muchas veces transitorio. Antes navegar era llegar a puerto, arribar a un lugar protegido. Hoy la temática pasa por navegar en sí, pues no hay promesa alguna de alcanzar un puerto seguro y abrigado. En esto está implícito lo que Winnicott llamó “el jugar”: lo importante no es terminar el juego, sino su transcurso, permanecer en la zona ilusoria, transicional, donde se da la creatividad.

Cuando yo estudiaba medicina no tenía demasiadas dudas de que mi futuro laboral iba

a estar dentro de esa profesión; tal vez no sabía aún en qué rama o especialidad, pero sí que lo que estaba estudiando serviría de base para mi trabajo futuro. Hoy eso no es así. Y esto no es solo porque no hay posibilidades de desarrollo, sino porque existe una frontera más porosa y la sociedad permite circular por otros territorios que no tienen relación con lo elegido con anterioridad.

Podemos pensar sin demasiado temor a equivocarnos que el adolescente tiene como trabajo psíquico central la búsqueda de su identidad, o si se quiere, el delineamiento de su “proyecto identificador” (Aulagnier, 1977), aunque éste sea cambiante. Como señala Rother de Hornstein (2003), el adolescente deberá sentir con convicción: “... ‘yo soy éste’ (y no aquél). Sentimiento que procede de la representación de un cuerpo unificado, de la separación y límite entre él mismo y el otro, de un sentimiento de propiedad de sí, de su imagen narcisista, de la identificación con las imágenes, los mandatos y los valores parentales, del sentimiento de pertenencia a una familia, a un grupo, a un pueblo, a una cultura, etc.”.

Esta autora nos recuerda que si bien el concepto de identidad no es freudiano, poco a poco fue incorporándose al psicoanálisis contemporáneo, y que el sentimiento de identidad “es un tejido de lazos complejos y variables donde se articulan narcisismo, identificaciones, la vida pulsional... y todo aquello que participa en la constitución del sujeto. [...] La identidad no es un estado sino un proceso, cuya primera fase es el júbilo extremo del bebé que se reconoce en el espejo”.

Nos dirá Vecslir (2003): “La identidad del Yo se construye a lo largo de la vida, sostenida desde una matriz básica de identificaciones que permanece y actúa como sostén y resistencia frente al impacto de acontecimientos que, sin la existencia de esta forma estable de organización, podrían desestructurar al sujeto. El trabajo de identificación no acaba nunca, porque el sujeto no sólo se constituye, sino también se transforma a través de procesos de identificación. En su capital identificador hay movimiento y reorganización, y la presencia actual del objeto externo no sólo es causa de este movimiento sino que pasa a formar parte constituyente de su subjetividad”.

En las dos citas precedentes podemos visualizar un modo de pensar la constitución de la identidad que contempla la idea de intersubjetividad, y entiende que ésta es un modo de lograr una subjetividad más rica.

Observando la adolescencia parece que estuviésemos presenciando estos fenómenos con una lente de aumento. El grupo adolescente, matriz identificatoria por excelencia, funciona como un marco intersubjetivo que sostiene y co-construye subjetividades y muchas veces permite que “lo traumático” no devenga en detención y desestructuración sino en enriquecimiento y mayor complejización psíquica. La especularidad intersubjetiva que aporta el grupo adolescente funciona como contención y aceptación de que lo traumático, lo inexplicable, lo que causa angustia, son experiencias compartidas que permiten que el adolescente no se sienta aislado en sus “rumiaciones”. Le hace saber que hay unos otros significativos que, al transitar por los mismos caminos, funcionan como objetos del self especulares (Kohut) que le devuelven una imagen de poder, y que las convulsiones emocionales que los inundan son experiencias comunes y nos los detendrán. En algún momento y en algún lugar arribarán a un puerto ideal, aunque mientras están transitando por tales experiencias, el puerto se halle escondido entre la bruma y la niebla.

Los grupos de pares, algunas veces los padres y otras veces los analistas permiten que se despliegue, como diría Castoriadis (1986), la “autonomía de la imaginación”, la “imaginación radical” que brinda la “capacidad de formular lo que no está, de ver en cualquier cosa lo que no está allí”. En última instancia, posibilitar el despliegue de una potencialidad creadora (Winnicott, 1971).

Si bien situamos la adquisición del enunciado “yo soy” en los primeros momentos del desarrollo emocional (Winnicott, 1945), es durante el tránsito adolescente cuando este enunciado confirma la mismidad del sujeto. En pos de este logro subjetivo el adolescente busca reivindicar con pasión su derecho a ser un sujeto en el mundo.

Este camino en busca de la “independencia individual” (Winnicott, 1971), de poder sentir que es una unidad autónoma, singular, nunca lo será del todo en tanto haya una independencia relativa: el logro de la individualidad y del “yo soy” siempre exige un contexto interdependiente. Se da la paradoja de que se logra ser en función de la presencia de otro, de la dinámica intersubjetiva que permite al sujeto sentirse él mismo. “Mediante las identificaciones cruzadas se esfuma la tajante línea divisoria del yo y el no-yo”, decía Winnicott (1971).

El “yo soy”, repitémoslo, sólo se adquiere en un ámbito intersubjetivo. En los comienzos de la constitución de la subjetividad, el vínculo con otro es fundante e

imprescindible, aunque en rigor esta necesidad de ser con otro y “por otro” también tendrá una vigencia absoluta durante todo el transcurso del devenir de la subjetividad.

En los inicios de un sujeto, se ha afirmado que la subsistencia psíquica es imposible sin la presencia de un otro significativo que cumpla con los cuidados que demanda el sujeto adviniente y satisfaga sus necesidades (Winnicott, 1988; Bowlby, 1969). Y así como en los comienzos esta necesidad apunta a proveer lo que el bebé necesita para no caer en un desamparo traumático, en una no-integración inicial (Winnicott, 1945), estas provisiones que otorga un otro significativo, serán indispensables para el sujeto durante todo el transcurso de su vida, aunque de una manera distinta y menos perentoria. Sin otro no hay producción de subjetividad.

Desde su propia perspectiva teórica, Kohut afirmó que los “objetos del self” son imprescindibles para la estructuración del self en los inicios, pero remarcó que nunca se puede prescindir del vínculo con esos objetos, que reconfirmarán, darán brillo, mejorarán la autoestima. Sin esas respuestas, el self se precipita al vacío, a una suerte de inexistencia, de futilidad y temor a caer en una desestructuración. El otro, el vínculo, aleja la posibilidad de hundirse en esos terrenos cenagosos.

Si un sujeto ha sufrido experiencias que lo llevaron a caer en un cuadro psicopatológico y está atrapado por esas memorias traumáticas que lo convierten en un individuo huidizo, esquivo, temeroso (¿fóbico?, ¿esquizoide? ¿paranoide?), ¿qué puede hacer el psicoanálisis, que utilidad tendrá? Tomo prestada la respuesta de Julia Kristeva (1999): “Se ha repetido insistentemente que el psicoanálisis sexualiza la esencia del ser humano, pero también que lo intelectualiza: todo está en el sexo, o bien todo está en las palabras. Ni lo uno ni lo otro: el descubrimiento de Freud consiste en dar *un sentido amoroso que transforma el recuerdo*. Yo he sido herido(a), traicionado(a), violado(a); te lo cuento a ti; tu atención-confianza-amor me permite volver a vivir esta herida-traición-violación en una forma distinta. Yo le otorgo a partir de ese momento –y en cada nuevo lazo amoroso– un sentido distinto, soportable. No es que yo borre la herida-traición-violación, sino que la *dono*; habría que decir que yo le perdono otro sentido, que nosotros le perdonamos otro sentido. Ésta es la alquimia de la transferencia: transformación del recuerdo al abrigo de un nuevo lazo, del cual esperamos que tenga una intensidad comparable a la de un vínculo amoroso”.

Aquí se instala nuestra intervención como analistas: posibilitar otra mirada a la historia

que el adolescente nos trae o, como dije en otro trabajo (Lerner, 1998), ayudarlo a cambiar la narrativa.

Aulagnier (1989) sostiene que la autobiografía de un adolescente –aunque yo agregaría que esto sucede en cualquier sujeto y a cualquier edad– nunca se termina y que incluso aquellos “capítulos” a los que se consideraba terminados deberían prestarse a que se modifiquen, “añadiendo párrafos o haciendo desaparecer otros”. En este proceso de “construcción-reconstrucción”, agrega, se deberán conservar “anclajes estables de los cuales nuestra memoria nos garantice la permanencia y la fiabilidad. He aquí una condición para que el sujeto adquiera y guarde la certeza de que es el autor de su historia y que las modificaciones que ella va a sufrir no pondrán en peligro esa parte permanente, singular, que deberá transmitirse de capítulo en capítulo, para volver coherente y pleno de sentido el relato que se escribe”.

Dicho de otro modo, lo que afirma esta autora es que los cambios y transformaciones que le sobrevengan al yo durante la adolescencia no deberían alterar su “mismidad”; que el adulto que devendrá no será ajeno al infante que fue; que se ha conservado un “fondo de memoria”. El futuro de ese infante y luego adolescente que llegará a adulto es la “realización de una potencialidad” que estaba ya presente en la historia de ese yo.

Si hubo una historia traumática que impidió ligar los diferentes momentos evolutivos, se producirá una discontinuidad en la sensación de “ser uno”, de sentir un “yo continuo” con historia, con pasado, presente y futuro. Resultado: un self fragmentado, un yo alterado, caldo de cultivo para patologías graves. El adolescente que no se siente poseedor de una historia se encuentra en inferioridad de condiciones para enfrentar lo que puede tener significado traumático para su yo. En aquellos que tienen un yo debilitado, los fracasos sexuales, en el estudio, en las relaciones amorosas y en las amistades pueden abrir las puertas a un episodio psicótico. El fracaso toma la dimensión de un “para siempre”: no hay futuro que presuponga una salida o cambio posible. El tiempo se congela en la experiencia traumática. Sólo queda la sensación de una “compulsión a la repetición” irreductible: el karma ya está inscripto.

Este sujeto sólo podrá romper con ese futuro siniestro y firmemente escrito si inicia un vínculo que le posibilite otra mirada. Una situación de intersubjetividad que prometa navegar por otros mares que hasta ese momento eran demasiado turbulentos, conquistar tierras nuevas o desconocidas. Los mares seguirán siendo turbulentos por momentos, pero habrá

posibilidades de llegar a Itaca.

Ese otro que encarne la posibilidad de un cambio podrá ser una pareja, amigos o un analista que dé lugar a la creación de una nueva historia y evite que el adolescente quede colapsado en la búsqueda de historias culpabilizantes y estériles. Un analista más ligado a la idea de la constante potencialidad de constitución de lo nuevo y no sólo prendido a la idea de repetición; un analista que crea posible una edición original.

PALABRAS FINALES

“Lo principal es que la adolescencia es algo más que pubertad física, aunque en gran medida se basa en ella. Implica crecimiento, que exige tiempo. Y mientras se encuentra en marcha el crecimiento las figuras paternas deben hacerse cargo de la responsabilidad. Si abdican, los adolescentes tienen que saltar a una falsa madurez y perder su máximo bien: la libertad para tener ideas y para actuar por impulso”. (Winnicott, 1971)

Como bien describió Winnicott (1971), los *infans* salen de esta etapa en “forma torpe y excéntrica” para pasar a la adolescencia y se apartan de la dependencia “para encaminarse a tientas hacia su condición de adultos”. También afirmó que crecer no es sólo producto de una tendencia que se hereda, sino que es, además, “un entrelazamiento de suma complejidad con el ambiente facilitador”, con el contexto, ya sea la familia o las unidades sociales en las que se inserte el adolescente.

En esos contextos el adolescente deberá ser “*inmaduro, irresponsable, cambiante, juguetón*”, y como nos recuerda Winnicott, a los adultos nos incumbe acompañarlos y “*que pase el tiempo y traiga lo que llamamos madurez*”.

Muchos adolescentes no pueden ser “*inmaduros, irresponsables, cambiantes, juguetones*” y no disponen del tiempo necesario para su tránsito adolescente, no tienen la *moratoria social* (Erikson, 1982) que se les debería dar. Por situaciones familiares o sociales (muertes, desempleo, trastornos en la estructura familiar, etc.), muchos se deben diplomar de

adultos prematuramente, alejándose de —cómo Winnicott lo dice con tanta claridad— “la inmadurez ... una parte preciosa de la escena adolescente [que] contiene los rasgos estimulantes del pensamiento creador, de sentimientos nuevos y frescos, de ideas para una nueva vida”. Y continúa de esta manera brillante:

“La sociedad necesita ser sacudida por las aspiraciones de quienes no son responsables. Si los adultos abdican, el adolescente se convierte en un adulto en forma prematura, y por un proceso falso. Se podría aconsejar a la sociedad: por el bien de los adolescentes y de su inmadurez, no les permitan adelantarse y llegar a una falsa madurez, no les entreguen una responsabilidad que no les corresponde, aunque luchen por ella. Con la condición de que los adultos no abduquen, no cabe duda de que los esfuerzos de los adolescentes por encontrarse y determinar su destino son lo más alentador que podemos ver en la vida que nos rodea. El concepto del adolescente acerca de una sociedad ideal es incitante y estimulante, pero lo característico de la adolescencia es su inmadurez y el hecho de no ser responsable. Éste, su elemento más sagrado, dura apenas unos pocos años, y es una propiedad que cada individuo debe perder cuando llega a la madurez” (Winnicott, 1971).

Unido a esto último, Aulagnier (1989) afirma que un adolescente se encuentra embarcado en la apasionada reivindicación de su “derecho a ser un ciudadano completo en el mundo de los adultos; muy a menudo, en un mundo que será reconstruido por él y sus pares en nombre de nuevos valores, que probarán lo absurdo o la mentira de los que se pretende imponerle” (Aulagnier, 1991)”, y que frente a estas condiciones es más importante la “comprensión” que la “confrontación”.

Inmaduros, irresponsables, cambiantes, juguetones, reivindicadores, en última instancia practicantes incansables de todo aquello que los ubique en un proceso identificatorio, aunque muchas veces estén al borde del colapso, la mayoría logrará sortear este tránsito sin caer en el intento.

Arribar a la sensación de “yo soy”, y la consecuente relación con “yo era” y “yo seré” (construir su historia), es un trabajo psíquico que se desenvuelve entretejido con el mundo. De cómo se entramen esos hilados sociales, de que nuevos marcos contextuales surjan en la vida del adolescente y cómo los transite, dependerá que los traumas, adversidades, cataclismos emocionales, etc. dejen un sedimento, estructuras y no vacíos. La lucha se libra entre el proceso identificatorio —proceso en tanto la identidad no es algo acabado sino en

movimiento—, por un lado, y por otro el vacío, la futilidad, la sensación de inexistencia, la patología.

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1977) *La violencia de la interpretación*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1988.
- _____ (1989) “Construir(se) un pasado”, *Psicoanálisis*, Apdeba, Vol. XIII, N° 3, 1991, Buenos Aires, págs. 441 y sigs.
- Badiou, A. (1988) *Manifiesto por la filosofía*, Cátedra, Madrid, 1990.
- Bauman, Z. (2003) *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI Editores, Madrid.
- Bowlby, J. (1969) *Attachment and Loss*, Hogarth Press and the Institute of Psychoanalysis, Basic Books, Nueva York.
- _____ (1988) *Una base segura*, Paidós, Buenos Aires, 1989.
- Castoriadis, C. (1986) *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1998, pág. 130.
- _____ (1998) *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Eudeba, Buenos Aires, pág. 313-314.
- Cercas, J. (2001) *El vientre de la ballena*, Tusquets editores, Barcelona, pág. 12.
- Erikson, E. H. (1982) *The Life Cycle Completed. A Review*, Norton & Company, Nueva York.
- Freud, S. (1937) “Análisis terminable e interminable”, *Obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, vol. XXIII, págs. 224, 225, y 249.
- _____ (1938) “Esquema del psicoanálisis”, *Obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, vol. XXIII, pág. 201.
- Hornstein, L. (2003) *Intersubjetividad y clínica*, Paidós, Buenos Aires.
- _____ (2003) “Amor sin fronteras”, en H. Lerner (comp.), *op. cit.*, pág. 105.

- _____ (2004) Comunicación personal.
- Kohut, H. (1971) *Análisis del self*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1978.
- _____ (1977), *La restauración del sí mismo*, Paidós, Buenos Aires, 1980.
- _____ (1984), *¿Cómo cura el análisis?*, Paidós, Buenos Aires, 1986.
- Kristeva, J. (1999) “Memoria y salud mental”, en *¿Por qué recordar?*
Granica, Barcelona, 2002, pág. 101.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1974) *Diccionario de Psicoanálisis*, Editorial Labor, Barcelona.
- Lerner, H. (1998) “Afectos, afecciones, afectaciones”, *Psicoanálisis*, Apdeba, Vol. XX,
No. 3.
- _____ (2001) “¿Oro cobreado o cobre dorado? Reflexiones acerca de la frontera entre
psicoanálisis y psicoterapia”, *Actualidad Psicológica*, Año XVI, No. 287, junio de
2001.
- _____ (2002) “Psicoanálisis, crisis y subjetividad”, *Actas del 4º Congreso Argentino de
Psicoanálisis*, Rosario, 2002.
- _____ (comp.) (2003) *Psicoanálisis: cambios y permanencias*, Libros del Zorzal, Buenos
Aires.
- Lieberman, D. (1983) *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*,
Ediciones Kargieman, Buenos Aires.
- Machado, A. (1974) *Poesías completas*, Editorial Losada, Buenos Aires.
- McDougall, J. (1987) *Teatros de la mente*, Tecnipublicaciones, Madrid.
- _____ (1982) *Alegato por cierta anormalidad*, Editorial Petrel, Barcelona, págs. 142 y
sigs.
- Morin, E. (2004) Aporte de Edgard Morin, www.iaesp.fundacite.arg.gov.ve.
- Najmanovich, D. (2000) Comunicación personal.
- Rother de Hornstein, C. (2003) “Identidad y devenir subjetivo”, en H. Lerner (2003), *op.
cit.*, págs. 170 y sigs.
- Sarlo, B. (1994) *Escenas de la vida posmoderna*, Ariel, Buenos Aires.
- Vecslir, M. (2003) “La actualidad del psicoanálisis”, en H. Lerner (2003), *op. cit.*, pág. 247.
- Verón, E. y Lerner, H. (2004) Entrevista radial, Radio Rivadavia, 27 de febrero de 2004.
- Winnicott, D. (1945) “Desarrollo emocional primitivo”, en *Escritos de pediatría y
psicoanálisis*, Editorial Laia, Barcelona, 1979.

_____ (1971) *Realidad y juego*, Granica, Buenos Aires, 1972, págs. 180, 191 y 193.

_____ (1988) *La naturaleza humana*, Paidós, Buenos Aires, 1993.

